

ARMANDO PEGO PUIGBÓ

MIGUEL DELIBES, DE VERAS



Quince años después de la muerte de Miguel Delibes (1920-2010), la relectura de su obra debería ayudarnos a redescubrir la energía creadora que la vivificaba. Delibes fue y debería seguir siendo mucho más que la etiqueta de un literato ruralista, de enorme éxito durante cuarenta años. La indiscutible personalidad de su estilo y de su mirada sobre la realidad histórica y cultural española merece un homenaje como el que esta *efeméride* se propone rendirle.

MIGUEL DELIBES O EL IDIOMA COMO ANTÍDOTO DE LA DESMEMORIA

De esas tonalidades que marcan el tiempo transcurrido desde su muerte me gustaría hablar en esta ocasión, como si fuesen la luz imperceptible y cambiante de un atardecer que uno contempla al regresar, a pie, de un día de campo entre las páginas del maestro Delibes. Como él mismo explicaba en el prólogo de *Castilla, lo castellano y los castellanos* (1979), Jesús Torbado salió en su ayuda cuando Rafael Borràs, director literario de Planeta, le pidió un ensayo sobre Castilla: «Vendría a ser lo mismo o, tal vez más eficaz, que, en lugar de viajar por Castilla, Miguel lo hiciera por sus libros que versan sobre Castilla». Delibes concluía aquellas líneas resaltando que, como su obra había intentado representar, el fatalismo que pesa sobre el hombre castellano «no excluye la existencia de un idioma —que por extendido hemos dejado de considerar *nuestro*—, unas costumbres, una cultura, un paisaje, una forma de vivir».

La Castilla de Delibes arraiga y germina en la tierra de su idioma. Frente a los estragos del tiempo (y de un sistema educativo empobrecedor), su lengua conserva las inflexiones vivas de una comunidad humana que resiste y afirma el secreto de una dignidad. Rehúsa la condición de víctima para sí y desmiente la de verdugo que a menudo sus enemigos, sin conocerla, hacen sobrevolar tópicamente sobre su historia.

Con fidelidad a sus principios estéticos y morales, que sus detractores podían argüir como la muestra de un *posibilismo* político, dispuesto a pactar y acordar, sin acceder jamás a la transacción, nuestro escritor fue capaz de pintar un horizonte humano que, sin dejar de ser crítico, quiso delinear con un lirismo dolorido y transfigurado.

De aquel mundo *interior*, físico y sentimental, castellano hasta la médula, de cuya pérdida Delibes se empeñó en dejar testimonio, sus lectores nos acabamos alejando en los 90, quizás deslumbrados por el oropel triunfante de una (pos)modernidad en sí misma más castiza de lo que estábamos dispuestos a aceptar. Por ello, en gran medida resultó fallida *El hereje* (1998), su última novela, porque no supimos comprenderla. Fue leída como una novela histórica sobre los autos de fe en Valladolid (1558) a principios del reinado de Felipe II. En realidad, por debajo de las convenciones del género, Delibes estaba ofreciendo el testamento del mundo cultural y espiritual al que pertenecía y que representaba una Castilla católica y posconciliar que se desvanecía, como se había hundido la Castilla de la primera mitad del siglo XVI.

Como José Jiménez Lozano, como Aquilino Duque, como José Antonio Muñoz Rojas, cada uno de ellos en su singular registro, Delibes perteneció a una estirpe conservadora. Por no entregarse ni a la complacencia del pasado ni a su desmemoria histórica, ha pagado el precio de custodiar secretos de nuestra existencia histórica con insobornable integridad. No se los guardaron para sí, ni los rodearon de ampulosos adornos. Aunque desapercibidos, los ofrecieron a plena luz, *de veras*, con la conciencia de estar presentando, como define el término la Real Academia, la realidad o verdad en lo que se dice y se hace.

UNA TRAYECTORIA LITERARIA Y MORAL

Cuando murió Miguel Delibes cierto sentimiento de orfandad se apoderó de quienes, en la adolescencia, habíamos comenzado a asomarnos al mundo leyendo las aventuras de Daniel el Mochuelo o el Nini, protagonistas de dos de sus dos novelas más emblemáticas: *El camino* (1950) y *Las ratas* (1962).

En ellas se encuentran de manera destacada algunos de los rasgos más característicos de toda su producción. La pureza y la sencillez de la mayoría de sus protagonistas corren de la mano de la defensa de la naturaleza y de la dignidad moral del ser humano frente a una idea de progreso desbocada. Estas características temáticas se prolongaban de manera natural en la sobria riqueza de un lenguaje encarnado en la realidad castellana que nuestro autor no se cansó de retratar.

En cierto modo heredera de los autores del 98, la mirada de Delibes se identificaba con naturalidad

con el paisaje ético de Castilla, tanto el rural como el urbano. A través de su extraordinario vocabulario, atento a los matices del habla coloquial, en absoluto arqueológico, es posible respirar el campo castellano, como lo demuestra, entre otras obras dedicadas a su pasión cinegética, su *Diario de un cazador* (1955).

Este compromiso moral se manifestaba tanto en su denuncia de la injusticia social como en su reflexión sobre los límites de la intolerancia y del dogmatismo. En un momento de grandes transformaciones políticas y sociales, entre los años 70 y los 80, prolongó su visión del mundo rural con novelas como *El disputado voto del señor Cayo* (1978) o *Los santos inocentes* (1981), cuyo éxito se multiplicó gracias a adaptaciones cinematográficas, en especial la de la segunda dirigida por Mario Camus (1984).

Más allá de las modas y de los vaivenes del gusto, Delibes ya había demostrado que un autor de éxito podía contribuir a modelar el gusto de sus lectores sin necesidad de plegarse a las exigencias del mercado ni de acomodarse a una fórmula fija. De hecho, Delibes había ensayado durante toda su carrera las posibilidades expresivas de las distintas corrientes novelísticas que se habían ido sucediendo en España desde los años cincuenta. Al margen de demostrar su capacidad de estar a la altura de cada momento, era asimismo la demostración de su compromiso cívico con un público amplio y fiel.

En Delibes se apreciaba que el lenguaje era la lengua vivida y hablada, a cuyo servicio trabajaba como un artesano que facilitase un diálogo directo con los lectores. Cazador o funcionario, jornalero o rentista, jubilado o niño, sus personajes necesitaban el oído de su autor para que se pudiese escuchar lo más limpia posible la emoción austera de su voz. El castellano –el *idioma* en su riqueza léxica y en sus silencios– era el rincón privilegiado de la patria española de Delibes: el espacio físico y sentimental mediante el cual se vinculaba con unas tierras y con una comunidad histórica que, desbordando sus fronteras naturales, no renunciaba a lo más íntimo que hacía posible tal apertura.

LA INICIACIÓN COMO PRINCIPIO Y FIN

En este sentido, no querría terminar sin aventurar que en el fondo de las novelas de Delibes se encierra una honda reflexión sobre la *iniciación*, de corte a la vez narrativo y lírico. Quizás sea una de las marcas de las pequeñas joyas de la novela modernista, fantástica o realista, que se prolongó en su generación, como, por ejemplo, en dos obras tan destacadas como *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (1951) de Rafael Sánchez Ferlosio o *Merlín y familia* (1955) de Álvaro Cunqueiro.

Sea cual fuese la edad y la condición de los protagonistas de Delibes, sus relatos los sorprendían en un momento de inflexión vital y de decisión ética sobre su porvenir. En las situaciones más duras o en las más mediocres, la serenidad del narrador se obligaba a mirarlas sin aparatosa condescendencia y con austera ternura.

Como ejemplo de esta última sugerencia, permítaseme contrastar el final de *El camino* con el de *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1969). Daniel el Mochuelo, el inolvidable protagonista de la primera obra, asume que su infancia iba a morir al ser arrancado de su pueblo y de la vera de la pecosa Uca-Uca, aunque fuese para nacer a una nueva y desconocida realidad:

«Y se retiró de la ventana violentamente, porque sabía que iba a llorar y no quería que la Uca-Uca le viese. Y cuando empezó a vestirse le invadió una sensación muy vívida y clara de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado. Y lloró, al fin».

Tras cuarenta y ocho años fuera de su pueblo, Isidoro, el narrador en primera persona de las *Viejas historias...*, recuerda el lapso de historias y paisajes y vocabulario que le han conducido de nuevo hasta su casa, donde encuentra a sus hermanas tal como las dejó, durmiendo:

«Y al besarlas en la frente, se la despertó a la Clara el otro ojo y se cubrió instintivamente el escote con el embozo y me dijo: ‘¿Quién es usted?’. Y yo la sonreí y la dije: ‘¿Es que no me conoces? El Isidoro’. Ella me midió de arriba abajo y, al fin, me dijo: ‘Estás más viejo’. Y yo la dije: ‘Estás más crecida’. Y como si nos hubiéramos puestos de

acuerdo, los dos rompimos a reír».

Vigente tanto por su sobriedad moral como por su precisión estilística, sin olvidar esa melancolía tan suya que la integridad de sus inolvidables personajes logró elevar a categoría estética, la obra de Miguel Delibes sigue fundada en el quicio sobre el que gira el eje de la separación y el reencuentro –del desamparo de la vida traspasado al fin por la alegría de narrar–, dispuesto a franquearnos a sus lectores una vez más el paso de su umbral.

BIBLIOGRAFÍA

César Alonso de los Ríos. *Soy un hombre de fidelidades. Conversaciones con Miguel Delibes*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2010.

Manuel Alvar. *El mundo novelesco de Miguel Delibes*. Madrid: Gredos, 1987.

Ana Isabel Ballesteros Dorado y Fernando Ariza González (eds.). *Miguel Delibes: encuadres y figuras en una España cambiante*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2024.

Miguel Delibes. *El camino*. Barcelona: Destino, 2022.

Miguel Delibes. *Castilla, lo castellano y los castellanos*. Barcelona: Planeta, 1979.

Edgar Pauk, *Miguel Delibes. Desarrollo de un escritor*. Madrid: Gredos, 1975.